

LA TEORÍA DEL *GRUPO CORTO* DE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Cultura

Alejandro Peña García*



Resumen

En su teoría del *grupo corto*, Pedro Henríquez Ureña formuló de manera sintética las condiciones necesarias para un óptimo desarrollo de las potencialidades intelectuales individuales y colectivas. En este ensayo se desarrolla la historia de la idea, su origen, sus formulaciones y la forma en que se articula en prácticas intelectuales. En un segundo apartado se analiza el concepto con el propósito de señalar su

utilidad heurística, sus límites y sus alcances metodológicos.

Palabras clave: intelectuales, América Latina, poder y cultura, sociabilidad.

Los avatares de la idea

Pedro Henríquez Ureña, nacido en Santo Domingo en 1884, pasó en México la mayor parte de su juventud. Durante ocho años, de 1906 a 1914, participó activamente en el movimiento de renovación cultural de jóvenes intelectuales agrupados en el Ateneo de la Juventud, organismo fundado en 1909 y conver-

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Centro de Estudios Sociológicos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM. Sus líneas de investigación son: sociología de los intelectuales, sociología de la cultura, sociología del cuerpo, literatura y sociedad.

tido en Ateneo de México en 1912. Tenía veintiún años cuando llegó al país, donde imperaba la dictadura de Porfirio Díaz, la cual, aunque era un régimen autoritario y represivo, también había posibilitado una época de esplendor cultural. En México maduró su personalidad intelectual. Observó, con atención crítica, la caída del régimen, la revolución maderista y el golpe militar de Victoriano Huerta. Estaba por cumplir los treinta años cuando, en medio de la guerra civil, decidió salir de México. En abril de 1914 viajó a La Habana, con la idea de llegar a Europa y reunirse con Alfonso Reyes en París. La carencia de recursos económicos suficientes y, meses después, el estallido de la Gran Guerra en Europa, impidieron el viaje. Lo que era una estancia de paso en Cuba, se alargó por más de siete meses. A pesar de sus quejas sobre el ambiente en La Habana y de las preocupantes noticias de México y Europa, para Henríquez Ureña fue un tiempo de calma, de sociabilidad y de reflexión. En esas condiciones formuló la teoría del grupo corto.

Cerca de dos meses después de su arribo a la isla, le escribía a Alfonso Reyes, el 30 de mayo de 1914:

Yo he difundido por aquí la idea de que ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual, ni tampoco social: es obra de un *pequeño grupo* que vive en *alta tensión* intelectual. Ese grupo tiene un portavoz. Hasta en las religiones pasa eso. Y eso, que yo predico como esencial para Cuba —el grupo muy unido, que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente— es lo que realizamos en México.

Enseguida, hacía una distribución de las funciones de los ateneístas: “Y de ese grupo tú has sido el verdadero portavoz, es decir, serás, pues eres quien le ha sacado verdaderamente partido al escribir, aunque Caso sea la representación magistral y oratoria local. Ya sé que tú dirás que yo soy el *alma* del grupo; pero de

todos modos tú eres la *pluma*, tú eres la *obra*, y ésta es la definitiva” (Reyes y Henríquez Ureña, 2004:344-345).¹

La idea del “grupo corto” es producto de las experiencias del Ateneo de la Juventud, pero el fondo de su origen es anterior. Henríquez Ureña tuvo como padres a dos de las figuras más importantes de la política y la cultura de la República Dominicana en la época. La poeta Salomé Ureña y el abogado, médico, político y diplomático Francisco Henríquez y Carvajal, quienes colaboraron destacadamente en la labor educativa del pensador y pedagogo puertorriqueño Eugenio María de Hostos, en el último cuarto del siglo XIX en Santo Domingo. Los hijos del matrimonio Henríquez Ureña crecieron en un denso ambiente intelectual, donde las artes, las ciencias, la escritura y el estudio eran asuntos cotidianos, desarrollados de manera natural en reuniones de todos los días. Ambiente, cabe añadir, siempre presionado por problemas familiares (enfermedades, distanciamientos forzados y problemas financieros) y disputas políticas en las que, por convicción o por necesidad, la familia se veía involucrada.

Pedro aprendió la fuerza de la palabra, dice en sus *Memorias*, cuando escuchó a su padre declamar versos de su madre en un evento público. Él y su hermano menor Max jugaban al teatro, manufacturaban periódicos que hacían circular entre los adultos y fundaron una “Sociedad Siglo XX”, que dio veladas durante un buen tiempo en los lugares a donde la familia se trasladaba. Ya en la adolescencia y fallecida su madre, Pedro y Max encontraron en la casa de las hermanas Clementina y Leonor Feltz un espacio de permanente ejercicio intelectual, placentero y a la vez exigente. “Salón Goncourt” se le llamó a ese espacio, en referencia a los célebres hermanos Edmond y Jules Goncourt, animadores del París de mediados del siglo XIX (Henríquez Ureña, 2000:27-63).

¹ Los énfasis en las palabras alma, pluma y obra son de Henríquez Ureña.

El carácter del dominicano se formó en esos espacios de sociabilidad, donde se desarrollaban libremente el gusto por la literatura y las artes y el rigor en el estudio. En la formación de Henríquez Ureña, la sociabilidad y el ejercicio intelectual se hermanaron. Se forjó en él una especie de utopía, desde entonces buscada, propiciada y conseguida en distintos momentos, con diferentes modalidades y duraciones. Ese es el fondo originario de la teoría del grupo corto.

Cerca de cuatro meses después de la carta a Reyes, a finales de septiembre de 1914, Henríquez Ureña publicó “Sutileza”, un ensayo breve en el que desarrolló la idea del grupo corto, tomando como punto de partida la personalidad literaria de Manuel Gutiérrez Nájera. “Como la sutileza es flor de cultura”, dice, “también, donde aparece, revela terreno social propicio. Podrá cultivarse en soledad, pero si sale al mundo y no halla quién la comprenda, retrocede a encerrarse en sí misma. Necesita al menos, del ‘grupo corto’, donde el ejercicio diario, la alta tensión del espíritu, permitan volar sobre las alusiones y llegar al secreto de las cosas complejas.” En los tiempos actuales, señala Henríquez Ureña, los florecimientos del espíritu fueron favorecidos por “las exigencias de cultura y de selección que el actual movimiento literario impone a los artistas conscientes. Más aún: la selecta y un tanto celosa intimidad intelectual de cortos grupos superiores, siempre produce refinamiento” (Henríquez Ureña, 1992:219-220).

En la visión y las experiencias de Henríquez Ureña, los grupos cortos son el mínimo de terreno social requerido para suscitar e impulsar obras importantes de cultura. Funcionan como espacios restringidos, por la exigencia en su trabajo interno y por la selección estricta de sus miembros. Se trata de espacios íntimos, donde las relaciones de amistad son a la vez relaciones de estudio, discusión y colaboración.

Desde finales de 1913, Pedro había empezado a sacar conclusiones sobre la labor del Ateneo

de la Juventud. Son productos de esa tarea de autorreflexión su extensa carta del 29 de octubre de 1913 (Reyes y Henríquez Ureña, 2004:220-231), en la que, a petición de Alfonso Reyes, se propuso “recordarle” la historia del grupo,² y su discurso en la Escuela Nacional de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, pronunciado poco antes de salir del país (Henríquez Ureña, 2001:595-603). He indicado tarea de “autorreflexión”, porque Henríquez Ureña era consciente de su papel principal en esa historia colectiva y porque sus conclusiones se fueron formando en el discurrir de las relaciones entre los ateneístas, si bien ya no continuas ni muy tersas en 1913. Eran conclusiones que se iban construyendo a voces, cuando la “historia” del grupo se seguía haciendo.

En La Habana, Henríquez Ureña se convirtió rápidamente en el centro de un reducido grupo de jóvenes intelectuales. “Ya los muchachos”, escribía a Reyes, “comienzan a aprovechar la nueva vida. Chacón, Baralt, Sánchez Galárraga, acaso otros, son ya la generación digna de las antiguas tradiciones cubanas”. Así terminaba la carta del 20 de abril, después de abundar, alarmado, sobre la ocupación estadounidense del puerto de Veracruz (Reyes y Henríquez Ureña, 2004:300).

El grupo cubano estaba formado por cinco individuos, importantes todos ellos en la vida literaria y cultural de las siguientes décadas en la isla: José María Chacón y Calvo, de 21 años; Luis Alejandro Baralt Zacharie, de 22; Gustavo Sánchez Galárraga, de 21; Mariano Brull y Caballero, de 23, y José Castellanos, de 22.³ A excepción de uno, todos hicieron estudios de Derecho, y varios también de Filosofía y Letras, en la Universidad de La Habana. Algunos más que otros, pero todos disfrutaban de una posición social privilegiada. Al menos dos ya

² Alfonso Reyes pedía al dominicano informes para elaborar su artículo “Nosotros”, que daría a conocer meses después en la revista del mismo nombre (*Nosotros*, núm. 9, marzo de 1914:620-625), texto fundamental para la historiografía del Ateneo, junto con su *Pasado inmediato* (1939).

³ Sobre estos escritores véase, por ejemplo, Lizaso y Fernández de Castro (2005).

habían dado nota importante en cuestiones literarias. Chacón y Calvo, quien incluso tenía títulos nobiliarios, había dado una conferencia sobre el origen de la poesía cubana, en 1913, mientras que, en 1912, se había estrenado la primera obra teatral de Sánchez Galárraga (*La verdad de la vida*). Henríquez Ureña llega a mencionar también al poeta Felipe Pichardo Moya (1892-1957), pero da muy pocas noticias de él.

Los muchachos cubanos se dejaron atraer por la personalidad de Pedro, para entonces de treinta años. Aceptaron su autoridad y su guía. Las relaciones de Henríquez Ureña fueron mucho más amplias entre periodistas, poetas, escritores y profesores de su misma edad o mayores. Pero su interés se concentró en estos jóvenes de élite social y cultural. Hubo exclusiones, como la de Félix Lizaso, de 23 años, amigo de José Castellanos, quien tenía que trabajar como oficinista para sostenerse. Nunca recibió la invitación que anhelaba. Esta exclusión sería reparada por Henríquez Ureña pocos años después.

Henríquez Ureña tenía ya una idea firme sobre la importancia de la sociabilidad intelectual en grupos pequeños. Para él, esto significaba mantener, en el trato cotidiano, la exigencia en todas las actividades intelectuales (leer, escribir, discutir, publicar, organizar eventos, etcétera). El Ateneo mexicano, según él, había tenido el defecto de ser demasiado amplio, le había faltado selección. Por eso su grupo cubano fue muy escogido. Algo que ya había estado practicando en México. En 1913 dirigía la camada más recientemente incorporada a las filas ateneístas: Antonio Castro Leal (1896-1981), Manuel Toussaint (1890-1955) y Alberto Vázquez del Mercado (1893-1980), quienes eran llamados por Pedro y Alfonso “los Castro” o la “Castriperricia”. Eran tan jóvenes como los amigos cubanos.

El 16 de junio de 1914, Alfonso Reyes comentaba la afirmación de Pedro de que él, Alfonso, era la “pluma” del grupo: “creo que no tengo ninguna *obra* de que se pueda hablar”. Y añadía: “Tu teoría del ‘pequeño grupo’ es per-

fecta y hermosa. En Francia se llama ahora *Nouvelle Revue Française*” (Reyes y Henríquez Ureña, 2004:359-360). Reyes se refería al grupo que se congregó en torno a la revista fundada por André Gidé en 1909, en París, con la intención expresa de resistir y combatir la mercantilización de la literatura. La *Nouvelle Revue Française* dejó de ser editada en septiembre de ese 1914, debido a la guerra. Reapareció en junio de 1919, y aunque tuvo problemas graves (desapareció por algunos años a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial) sigue viva el día de hoy. En sí misma fue una verdadera ciudad cosmopolita de las letras, dando a conocer a escritores nuevos, publicando a un extenso número de autores franceses y europeos del mayor prestigio, y acogiendo iniciativas de renovación artística. La influencia de Gidé en ella fue permanente hasta el año de su muerte.⁴

A finales de septiembre, entre los siempre múltiples asuntos que comentaba a Reyes, Pedro le adelantaba que haría el prólogo para un próximo libro del poeta mexicano Enrique González Martínez, y pretendía luego desarrollar “la teoría del *grupo corto*”, cosa que lamentablemente no ocurrió (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:63). Para entonces, la guerra europea, iniciada en julio, ya había hecho insostenible la vida en París. Alfonso Reyes, cesado de su cargo en la Legación mexicana, tuvo que partir a España. En México, la situación seguía muy complicada tras la caída de Victoriano Huerta y el triunfo del Constitucionalismo. Pedro, que tenía mayor comunicación con México, le transmitía a Alfonso noticias de los amigos. Unos perseguidos por ser supuestamente villistas, otros por haber colaborado con la tiranía huertista, y algunos con mejor suerte por ser cercanos al Primer Jefe Venustiano Carranza. Alfonso, por su parte, le contaba de la llegada de los desterrados mexica-

⁴ La revista fue creada para resistir y combatir la mercantilización de la literatura; no obstante, su historia está entrelazada con el proceso de conformación de la poderosa editorial Gallimard (Angles, 1978; Brisset, 2003). Actualmente es editada por esa editorial, su sitio web es <<http://www.centenaire-nrf.fr/nrf/index.nrf>>.

nos, la mayoría huyendo de las represalias de la Revolución.

A mediados de octubre, Pedro concluía que, en vista de la situación en México, era inútil hacer gestiones entre los amigos para ayudar a Alfonso. Es “práctico buscarse la vida *elsenberre*”, le aconsejaba. En el contexto de la guerra en Europa, Pedro se decía pro germano y Alfonso a favor de Francia. Henríquez Ureña le comentaba que no creía “en el progreso *social* definitivo”; en condiciones ideales, “la humanidad podría progresar *indefinidamente*, pero esas condiciones no duran, ni siquiera en un grupo corto”. Lo social, sentenciaba, “es imperfecto en sí, y mientras más extenso más imperfecto”.

Los grupos cortos debían ser necesariamente restringidos, porque sólo así se podría mantener en ellos las condiciones para el desarrollo pleno de las facultades intelectuales. Entre más amplio el sector de acción del grupo, mayores “imperfecciones”, mayores dificultades y obstáculos de todo tipo. “La paradoja de la civilización moderna”, continuaba Pedro, “está en que las grandes ciudades le son ya necesarias por costumbre y enemigas por esencia. Sin la *gran ciudad* es difícil, hoy, la construcción de un gran palacio, el sostenimiento de un gran teatro o de una gran Universidad [...] La ciudad moderna, democrática, posee recursos económicos, por acumulación, insuperables, pero ideológicamente tiende a la mediocridad”. Con relación a esta previsión de Henríquez Ureña de hace cien años, habría que preguntarse si, en efecto, nuestras modernas ciudades latinoamericanas tienden a la mediocridad intelectual, a pesar de los avances en los campos del arte, las ciencias y la educación. Al término de su carta, volvía sobre el asunto mexicano. “México ha dejado de existir”, no hay gobierno, ni propiedad privada, ni tribunales, etcétera. “¿Qué surgirá de este extraño desastre? ¿Volverá a haber civilización en México?” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:79-81. *Cursivas del original*).

Pedro, en su Varadero cubano, y Alfonso, ahora en Madrid y con muchas penurias, siguieron coordinando esfuerzos a la distancia, siempre con énfasis director del primero hacia el segundo. El 12 de octubre, Henríquez Ureña instruía a su amigo: “es necesario que te apoderes de Azorín”. Insistía en la importancia de que hiciera amistad con los mejores escritores españoles, pues se trataba de “hombres de excepción”. Se ufanaba de haber conseguido amistad estrecha con el escritor peruano José de la Rivera Agüeros, de visita en La Habana, en unas horas, lo que Alfonso había logrado con el también peruano Francisco García Calderón en un año.

Le anunciaba luego lo que pretendía con el grupo cubano. Presentaré a De la Rivera Agüeros con “los muchachos que yo he descubierto”, decía, “pero no procuraré una relación íntima”. Los muchachos no están bien preparados aún, “ni Castellanos ni Brull están todavía en la alta tensión de cultura que nosotros usábamos en México y que, por lo visto, han usado también los muchachos del Perú: los de Cuba aspiran hacia allá, pero les falta todavía leer trescientos volúmenes fundamentales, leyendo uno diariamente, y sostener treinta y siete discusiones sobre el problema del conocimiento” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:76). Por tanto, no era el momento de acercarlos a intelectuales de peso, como De la Rivera Agüeros.

El plan para sus discípulos consistía en que realizaran, en el transcurso de un año, 300 lecturas “fundamentales”, así como 37 discusiones específicamente sobre el problema del conocimiento, unas tres o cuatro cada mes. Era un ritmo de trabajo similar al que desarrolló el grupo corto mexicano, a partir de 1907, después de su primera serie de Conferencias, cuando idearon un plan muy amplio y ambicioso de lecturas, discusiones y conferencias. Los jóvenes del grupo corto ateneísta se habían ocupado de estudiar y discutir no sólo temas de literatura de muchas latitudes y épocas, sino también de filosofía, ciencias, sociología e

historia. Esa es la “alta tensión de cultura” que Pedro pretendía establecer en La Habana.⁵

Los contactos peruanos no eran poca cosa. José de la Rivera Agüeros (1885-1944), de 29 años, había sido protagonista de un suceso político candente en el Perú. Fue encarcelado por sus críticas al gobierno de Augusto B. Leguía y en su defensa hubo protestas estudiantiles, que fueron reprimidas, después de lo cual el joven intelectual fue liberado. Francisco García Calderón (1883-1966), un año mayor que Pedro, era hijo de Francisco García Calderón Landa, eminente jurista y político peruano. Desde 1905 vivía en Francia y tenía ya mucho prestigio por varios libros.⁶ José Enrique Rodó propició la relación epistolar entre Henríquez Ureña y García Calderón, en 1906, y después Pedro compartió el contacto con Alfonso Reyes. El escritor peruano, al igual que su hermano Ventura García Calderón (1886-1959), tuvo amplia trayectoria literaria, editorial, política y diplomática. Se trataba de jóvenes cosmopolitas, de sólida posición socioeconómica, de una generación de intelectuales en el Perú emparentada con la mexicana por sus trabajos de renovación cultural.

Alfonso Reyes hizo suya la teoría del grupo corto de Henríquez Ureña. Resulta evidente, en el comportamiento de ambos, que la teoría se inscribía dentro de una estrategia de socialización intelectual de carácter internacional. Se trataba de impulsar al grupo cubano, cultivar relaciones con los círculos españoles y las personalidades peruanas. Asimismo, era una estrategia para abrirse paso, ganar notoriedad y ampliar la gama de sus recursos prácticos.

El 14 de noviembre de 1914, Henríquez Ureña salió de La Habana con un empleo como representante y corresponsal en Washington de *El Heraldo de Cuba*. Quizás se fue un poco

decepcionado por los resultados del grupo cubano. Los muchachos no dedicaban el tiempo requerido para generar una “alta tensión de cultura”; si no estaban ocupados en exámenes, se ausentaban por vacaciones. Pero al menos, según él, había dejado a Mariano Brull “ya hecho otra persona”, con autoridad y con éxito (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:102-107). Henríquez Ureña dio particular atención a este joven poeta, tratando de publicarle versos en revistas o periódicos europeos, a través de Alfonso Reyes.

Terminó así la experiencia en La Habana, pero la influencia de Pedro y la colaboración con los compañeros cubanos se mantendrían constantes, sobre todo por vía epistolar.

Por su parte, Alfonso Reyes empezó a establecer relaciones estrechas con los intelectuales españoles, por propia convicción y acicateado por Pedro. En Madrid se vinculó con escritores de generaciones maduras y jóvenes: Azorín, José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Antonio C. Solalinde, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Enrique Díez Canedo, Federico de Onís, Américo Castro, etcétera. Varios de ellos trabajaban en el Centro de Estudios Históricos, fundado en 1910, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal, hispanista erudito cuya relación interesaba enormemente a los dos amigos ateneístas. Alfonso fue acogido en el Centro, donde laboró por largo tiempo.

Alfonso le escribía a Pedro, refiriéndose al Centro de Estudios Históricos: “Esta gente es *nuestro* grupo. No estábamos solos en México. En Perú, en Cuba, en Madrid, existíamos también” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:115). Representantes del Ateneo mexicano, en esos años desperdigado, Pedro y Alfonso se reconocían en otros grupos. Se puede afirmar, como hipótesis, la existencia de un *ethos* intelectual trans o internacional, de características similares al ateneísmo mexicano.

Reyes reflexionaba y proponía acciones en términos de vinculación entre grupos cortos:

⁵ La historia del grupo corto mexicano, entre 1906 y 1910, es parte de mi tesis de doctorado (Peña, 2015).

⁶ *Le Pérou contemporain* (1907), *Profesores de idealismo* (1909), *Les démocraties latines de l’Amérique* (1912) y *La creación de un continente* (1913). Cfr. García Calderón (2003).

“Necesito que los Castro y el nuevo grupo en general, trabajen, desde México, de acuerdo conmigo”. El trabajo serio en el Centro de Estudios Históricos, le sirvió para contrastar y reevaluar a su grupo ateneísta: “Esta gente está mucho más madura que nosotros: ya no se interrumpen, al conversar, con exclamaciones de asombro mutuo, ni suponen que sea una otra cosa distinta de amigo completo en cuanto le dan a uno la mano” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:121,131). Cabe anotar que el grupo español tenía a su favor la existencia de una institución pública destinada a la investigación científica y humanística, comandada además por una autoridad intelectual indiscutible.

En sus críticas retrospectivas, Alfonso Reyes fue duro. En ocasión del prólogo de Henríquez Ureña al libro de Enrique González Martínez *Jardines de Francia* (1915), Reyes fustigó el modo juvenil con que antes procedían. En particular, ese dar vuelos filosóficos a temas secundarios que no lo ameritaban. Debería haber, aseguraba, “más disciplina y menos vuelos”. Ahora desconfiaba de González Martínez: “Nada es verdad: todo es retórica modernista”. Criticaba cierta complacencia de Pedro en su presentación del poeta mexicano, y no escapaba de la reflexión negativa su propio artículo “Nosotros”:

cosa sinvergüenza, falsa, engañosa, hábil, y, en resumidas cuentas, de mentalidad pobre y pedestre. Tú, en cambio, en tu noble discurso *Altos Estudios*, pecaste por otro lado, alterando la verdad a fuerza de aumentar la trascendencia de la labor insegura del grupo. Pero eso no importa: allí había campaña. Y, entre los dos errores, prefiero el tuyo, que nos hace pasar más limpios a la historia (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:174-175).

También aplicaba la mirada punzante a los amigos Jesús T. Acevedo, Martín Luis Guzmán y Julio Torri.

Al parecer, de los miembros del Ateneo, sólo Pedro y Alfonso mantuvieron en esos años una relación epistolar continua, profusa y en alto grado eficaz. Mantuvieron la relación afectiva y la colaboración práctica; se proponían proyectos, se ayudaban en publicaciones, se hacían consultas, se transmitían reflexiones y juicios sobre literatura, escritores y grupos. Sus empeños, además, contribuyeron a desarrollar las relaciones entre los círculos intelectuales de México, Europa y Cuba. En España, por un tiempo vivieron en el mismo edificio Reyes, Martín Luis Guzmán y Jesús T. Acevedo. Volvieron a leer juntos, a revisar críticamente sus escritos, a pasear e ir a museos. La situación duró poco. En Nueva York, Pedro coincidió por momentos con José Vasconcelos y también con Guzmán. Estos reencuentros tienen un matiz pálido que hace recordar los tiempos ateneístas, los “días alciónes” de México, como gustaba decir Henríquez Ureña.

En junio de 1915, Pedro conoció a Salomón de la Selva en Nueva York. Según dice, se lo habían recomendado como poeta, pero había desconfiado por tratarse de un escritor nicaragüense que escribía en inglés. Comió con él, al lado de otros dos amigos, Manuel Cestero y Mariano Brull, y al escuchar a De la Selva recitar en castellano, se convenció de su calidad (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:170-172). Se trataba de un joven de 21 años, que a los trece había llegado a Nueva York para estudiar, con una beca del gobierno de su país. Después de los estudios empezó a trabajar como profesor de español. Fue parte del grupo de amigos cercanos de Rubén Darío, cuando el famoso poeta estuvo en Estados Unidos, entre 1914 y 1915.

Pedro tenía mucho trabajo en el periódico *El Herald de Cuba*. Sin embargo, con Salomón, quien le presentó más escritores hispanoamericanos y estadounidenses, empezó a armar proyectos. Por ejemplo, pretendían realizar una antología de poetas ingleses traducidos al español, y de poetas castellanos traducidos al inglés, en ediciones bilingües (Henríquez Ure-

ña y Reyes, 1981:181-187). Pedro y su nuevo amigo, diez años menor, pretendieron conformar un núcleo intelectual en Nueva York. El 17 de septiembre, Henríquez Ureña daba la primicia a Reyes. Iniciarían la “campana de invierno”, aunque el verano seguía con mucho calor.

La campana de invierno será esta: tendremos *salón*. Me he trasladado, de calle 45, donde vivía frente al Hotel Astor, a la calle 97, donde vive De la Selva con la compañía de un cubano que escribe bonitos cuentos humorísticos en mal inglés. Allí tendremos, para nosotros, una sala grande, y en ella recibiremos dos o tres veces al mes. Tenemos ya, conocidos o en perspectiva, tan gran número de amigos literarios, que hemos pensado subdividirlos. Los hispanoamericanos irán una que otra vez, en grupo aparte: los cultivo poco, pero hay siete u ocho: Galván (hermano de Fello), y Cestero, de las Novedades; el Dr. Rivas, historiador venezolano que estaba en Washington; Romero Navarro, español que escribe mal, amigo de Villaspesa y autor de aquel librito sobre feminismo del cual traté en un largo artículo, *pegándole*; Homero Serís, joven erudito que está tomando notas en la Sociedad Hispánica sobre lingüística y sobre obras antiguas (...): éste es cubano; y uno que otro más.

Del mundo “yankee” cita a Thomas Walsh (1891-1949), que había traducido todos los versos de Fray Luis al inglés, y que estaba por publicar versos propios; y el matrimonio de los Kinneys, “pintores y autores de un notable libro sobre el Baile, técnico e histórico. Conocen a España al dedillo. Conozco a William Rose Benet [1886-1950], quizás el mejor poeta joven” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:191). Este proyecto no prosperó, aunque llegaron a hacer algunas reuniones, como una en honor a Balbino Dávalos, escritor del núcleo de la *Revista Moderna de México*.

Iniciado el año de 1916, Pedro empezó a hacer gestiones para conseguir un sitio en las universidades estadounidenses. En carta del 16 de enero, se quejaba con Alfonso: “Salomón de la Selva es un perezoso, y la campana de invierno da pocos resultados, parte por su pereza, parte por mi horrible cúmulo de ocupaciones, que no me dejan escribir ni en inglés ni en castellano” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:219). Meses después, en mayo, fue aceptado como profesor en la Universidad de Minnesota, así que empezó a preparar un nuevo traslado. Por esos días, Alfonso Reyes conoció al filósofo francés Henri Bergson, a quien le relató, en una carta, lo que el Ateneo había hecho en México y lo valiosas que fueron sus ideas para el grupo (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:245-246).

En julio, Pedro comentaba a Reyes sus apreciaciones sobre los estadounidenses: “te he dicho ya que he cambiado mucho el modo de considerar a los yanquis. Sigo creyéndoles, en conjunto, superiores a nosotros: son más morales, más bondadosos, —a pesar de sus immoralidades políticas—, son más inteligentes como masa”. Ofrecía otros detalles sobre la teoría del grupo corto:

Nuestros *grupos cortos* de la América Latina (la idea está en Rodó, en su maravilloso ensayo sobre Montalvo —léelo—; me refiero a la idea sobre los grupos cortos, que ya esboqué en *Sutilleza*, 1914) producen uno que otro talento que, aunque se suele quedar en potencia, tiene brillo que aquí no encuentro sino rara vez, en tipos como Edith Wharton. Pero, si tenemos unos cuantos *conversadores* que superan a los mejores de aquí, no tenemos tantos escritores capaces de hacer obra: novela, crítica, y mil cosas más, en verdaderos libros. Los latinoamericanos, decía, tenemos demasiados defectos y no podemos declararnos superiores a los yanquis, “como no sea en potencia” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:270).

En el ensayo de José Enrique Rodó no hay una formulación de la idea de los grupos cortos como tal. Henríquez Ureña “vio” la idea funcionando en el texto de Rodó. Al ocuparse de Juan Montalvo, escritor nacido en 1832 en la recién conformada República de Ecuador, Rodó muestra cómo, en el atraso y quietismo de aquella sociedad, existieron unas cuantas experiencias de grupos reducidos con ideas liberales, a finales del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX.

Las experiencias de Montalvo que recuerdan las nociones de grupo corto, son dos. En 1850, cuando hay una reorganización liberal del gobierno. “Al calor de las ideas liberales”, escribe Rodó, “una simpática emulación por todo el empeño de cultura, con el brillo exterior de los certámenes y las exposiciones, removió el mortecino ambiente de Quito. La juventud, congregada en un centro social como el que había reunido, veinte años antes, a los discípulos de Hall, emprendió la publicación de *El Iris*, al que Montalvo brindó las primicias de su pluma” (Rodó, 1968:215-216). La segunda, cuando viaja a Europa, en 1851, como secretario de la Legación en Roma y luego en París. Dice Rodó: “En casa de Boussingault, el sabio explorador y químico, que había estado en América en tiempos de la emancipación, cultivó el trato de algunos de los hombres de más representativa cultura. Guardó siempre escogida memoria de su visita al decadente y casi abandonado Lamartine” (Rodó, 1968:216-217).

La idea está implícita en el ensayo de Rodó: grupos pequeños de intelectuales producen, de cuando en cuando, personalidades exquisitas como la de Montalvo. No está de más añadir, porque permite poner en perspectiva la lectura de Henríquez Ureña, que en el ensayo sobresale la idea del escritor combativo. De hecho, Rodó define a Montalvo como “un radical y un rebelde”. Montalvo se opuso y atacó ferozmente a los gobiernos autoritarios, conservadores y católicos de su país. Lo hizo a través de un periódico “unipersonal”, *El Cosmopolita*, y por medio de violentos opús-

culos (*La dictadura perpetua* de 1874, *La peor de las revoluciones* de 1878, *Catilinarias* de 1880-1882) que le valieron dos veces el destierro.

A principios de 1916, Pedro anunciaba a Alfonso Reyes la preparación de una nueva revista en México: *La Nave*. Pablo Martínez de Río, Julio Torri, Carlos Díaz Dufoo (hijo) y otros “van a publicar gran revista”, decía, y piden colaboración (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:216-217). El primer y único número de la revista apareció en mayo. En julio, Xavier Icaza, de visita en Nueva York, conversó con Pedro sobre la revista. “Me trae impresiones nuevas,” le escribió a Reyes, “el ambiente del mundo de *La Nave*, mundo mejor que el del Ateneo, porque la gente es de mejor educación: no hay Peralvillo... ni viga” (Henríquez Ureña y Reyes, 1981:272). Es decir, no existía la vulgaridad que censuraba en varios de sus amigos ateneístas. Había, después de todo, “civilización” en México. Fue fugaz la existencia de *La Nave*, pero en la capital mexicana, y bajo la enseñanza de ateneístas que permanecieron en el país, se fraguaba una nueva generación de intelectuales, la de 1915.

Hasta aquí la historia de la teoría del grupo corto. Por lo demás, la historia de los grupos pequeños en que Pedro Henríquez Ureña fue protagonista, abarcaría toda su vida, sobre todo en México (1921-1924) y Argentina (1924-1931, 1933-1946). Los avatares de la idea muestran cómo la teoría del grupo corto es producto y, a la vez, fundamenta y orienta un tipo de praxis intelectual. El concepto tiene valor metodológico para el estudio de las dinámicas sociales de los intelectuales, en las que se articulan estrategias individuales y grupales para persistir y prosperar, incluso en contextos políticos y sociales muy complicados.

El concepto

Retomo, íntegra, la formulación de la teoría del grupo corto con la que inicié este ensayo.

Yo he difundido por aquí la idea de que ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual, ni tampoco social: es obra de un *pequeño grupo* que vive en *alta tensión* intelectual. Ese grupo –Pórtico, Academia, Liceo, Museo, Casa de Mecenas, Hotel Rambouillet, *salones*, Mermaid Tavern, cortes italianas, casa de Goethe– tiene un portavoz. Hasta en las religiones pasa eso. Y eso, que yo predico como esencial para Cuba –el grupo muy unido, que se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente– es lo que realizamos en México. Y de ese grupo tú has sido el verdadero portavoz, es decir, serás, pues eres quien le ha sacado verdaderamente partido al escribir, aunque Caso sea la representación magistral y oratoria local. Ya sé que tú dirás que yo soy el *alma* del grupo; pero de todos modos tú eres la *pluma*, tú eres la *obra*, y ésta es la definitiva (Reyes y Henríquez Ureña, 2004:344-345).

Los ejemplos que aduce Henríquez Ureña son grandiosos. Se refiere al Pórtico de Poecile en Atenas, lugar en que los seguidores de Zenón de Citio desarrollaron la escuela de pensamiento estoica (siglos IV y III a. C.); la Academia de Atenas, fundada por Platón (338 a. C.); el Liceo, fundado por Aristóteles (336 a. C.); el Museo de Alejandría, lugar de ciencias y reunión de sabios, que contó con un zoológico, jardines y estaba conectado con la famosa biblioteca antigua (siglo III a. C.); la casa de Cayo Cilnio Mecenas, protector de artistas jóvenes, consejero de César Augusto, amigo de Virgilio y Horacio (siglo I a. C.). Luego indica ejemplos de la edad moderna, las cortes italianas donde se desarrolló el Renacimiento, los salones literarios del siglo XVII en París, la *Mermaid Tavern* del siglo XVII en Londres, donde se reunían Sir Walter Raleigh, Ben Jonson, John Donne y otros, hasta llegar a Goethe, en torno de quien se aglutinó el Romanticismo alemán, a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Henríquez Ureña propone, en eso radica lo más ambicioso de su idea, una explicación sociológica de la formación de grandes obras intelectuales de la historia occidental.⁷ Formulada directamente, la tesis es: toda grande obra intelectual es producto de un grupo corto, que vive en alta tensión intelectual, que es muy unido, se ve todos los días por horas y trabaja en todo activamente. El contexto social y las aptitudes de los individuos juegan, claro está, pero lo decisivo se encuentra en la sociabilidad del pequeño grupo, la dinámica intelectual, el trabajo sostenido dentro de la densidad intersubjetiva de una pequeña comunidad.

Es problemático hablar de “grandes obras intelectuales”. Propongo que se entienda por ello, tendencias, corrientes, escuelas o movimientos en la historia del pensamiento en general (artes, ciencias y humanidades), de profunda influencia, que llegan a definir épocas y, algunas, se consolidan como fundamentos permanentes, siempre retomados, de la civilización occidental. En ese sentido, no hay duda de que los ejemplos de Henríquez Ureña son grandes obras intelectuales. Tampoco hay duda de que, más allá de las figuras de excepción (Platón, Aristóteles, Goethe), se trata de la labor de grupos pequeños que llevaron una permanente e intensa vida intelectual. La tesis se sostiene. Y podríamos mencionar ejemplos más cercanos: el Círculo de Eranos, la Escuela de Frankfurt, el Círculo de Viena, el Club Metafísico del pragmatismo estadounidense o el grupo de jóvenes hegelianos, del cual emergió, entre otros, Karl Marx.

No obstante, la generalización no puede ser total. La tesis funciona como hipótesis de trabajo. En particular, ¿puede haber una obra intelectual, crucial en términos de historia cultural, que pertenezca a un individuo sin grupo corto? Menciono dos filósofos, que por cierto tuvieron mucho que ver en la formación del ateneísmo mexicano: Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche. Ambos, el segundo to-

⁷ El significado sociológico de la teoría de grupo corto de Henríquez Ureña ha sido indicado por Fernando Curiel Defossé (2008:146).

mando como base al primero, formularon filosofías críticas de la modernidad, de hondas repercusiones intelectuales y culturales. Lo hicieron en solitario, al margen y en contra de las tendencias predominantes en su época. No hay grupo corto detrás de ellos. Pero sí hay dinámicas colectivas, formas de sociabilidad intelectual en su entorno, sin las cuales no se entiende su desarrollo intelectual.

Al estudiar cualquier pensador, que parece emerger aislado, pronto percibimos el sustrato de sociabilidad que lo alimenta. En tales casos, si no la existencia de un grupo corto, sí hay la *necesidad* de un grupo corto. Nietzsche y Schopenhauer, antisociales y de orgullos monstruosos, padecieron el aislamiento, y deseaban contradictores, seguidores y discípulos, deseaban una sociabilidad intensa. Nietzsche tuvo, de manera muy conflictiva, varios amigos intelectuales íntimos, pero esas experiencias (la amistad con Richard Wagner una de las más famosas) no pudieron sostenerse de manera progresiva, como quiere la teoría del grupo corto.

Podemos extraer de esto lo siguiente. Para el estudio del origen y desarrollo de las obras intelectuales, es preciso tomar como base la noción de sociabilidad intelectual, de la cual el grupo corto sería un tipo acendrado. Resulta evidente la centralidad de ciertos individuos, sean “voceros”, figuras epónimas, en suma, sintetizadores de las obras intelectuales. Sostenedos o ayudados, en muchos casos (tal vez la mayoría de casos), por grupos cortos, lo cierto es que los individuos de excepción se desenvuelven en dinámicas colectivas de intercambios intelectuales, en formas de sociabilidad. Este es el punto de partida sociológico básico.

En la carta citada, Henríquez Ureña daba su interpretación sobre los roles de los miembros del núcleo del Ateneo. La profecía acerca de Alfonso Reyes, como el portavoz, la pluma y la obra literaria del grupo, se cumplió y relativamente pronto. Pero también otros realizaron una obra escrita sumamente importante (Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos o Ju-

lio Torri). Antonio Caso, además de ser considerado el inaugurador de la filosofía moderna mexicana, fue una de las mayores autoridades en el magisterio universitario por dos o tres décadas. Faltaría indicar que el caudillo, el líder de las filas ateneístas engrosadas por generaciones siguientes y volcadas hacia la política cultural y educativa, habría de ser Vasconcelos.

Henríquez Ureña se define a sí mismo, a través de la voz secuestrada de Alfonso Reyes, como el alma del grupo. Es cierto, en grado no menor. En el abanico de personalidades, la de Pedro es la más claramente identificable con el *ethos* intelectual ateneísta: disciplina, rigor, método, erudición, discusión, crítica, seriedad, todas las actividades propiamente intelectuales vividas con pasión. Además, como los testimonios abundantes de sus compañeros señalan, Pedro tenía un muy desarrollado sentido de sociabilidad, de tal suerte que funcionaba dentro del grupo como permanente y exigente propiciador, animador, en el sentido profundo de la palabra, del trabajo intelectual.

Pero la diferenciación de roles no es fija ni excluyente. Este es otro criterio metodológico a tener en cuenta en la teoría del grupo corto. Hay varios portavoces literarios del Ateneo; hay varias voces de magisterio influyentes; hay varios ateneístas que hicieron labor política; y hay varias “almas” insuflando vigor y marcando tendencias en el movimiento que arranca en la primera década del siglo XX y permanece actuante por varios lustros.⁸

Veamos ahora lo que escribió Henríquez Ureña en *Sutileza*, a propósito del poeta Manuel Gutiérrez Nájera. Cuando un carácter literario presenta rasgos de sutileza, dice, no cabe el error: “el metal es de fino temple y resiste la más alta tensión espiritual”.

Como la sutileza es flor de cultura,
también, donde aparece, revela te-

⁸ El ateneísmo estaría plenamente vigente en las campañas culturales comandadas por José Vasconcelos en la década de los veinte, según la interpretación de Curiel Defossé (1999).

rreno social propicio. Podrá cultivarse en soledad, pero si sale al mundo y no halla quien la comprenda, retrocede a encerrarse en sí misma. *Necesita al menos, del “grupo corto”, donde el ejercicio diario, la alta tensión del espíritu, permitan volar sobre las alusiones y llegar al secreto de las cosas complejas.*

¿Es sutileza corona necesaria de la alta inteligencia? Sutileza es flor de ingenio penetrante, es flor de cultura aristocrática; afinación y refinamiento que denuncian acendrada experiencia de cosas exquisitas [...].

La sutileza oscila entre dos peligros en el mundo de la acción intelectual: los laboriosos, los enérgicos la temen y aun la repudian, no por frívola (con la frivolidad sólo tiene semejanzas de “forma externa”), sino porque le atribuyen fuerza disolvente; los amantes de “cenáculos” exclusivos la erigen en tipo único de distinción espiritual...

Asombra la contradicción que implican esos florecimientos, aislados todavía en nuestro medio social. En los tiempos que corren, se dirá, acaso los favorecieron las exigencias de cultura y de selección que el actual movimiento literario impone a los artistas conscientes. Más aún: *la selecta y un tanto celosa intimidad intelectual de cortos grupos superiores, siempre produce refinamiento.* En la literatura mexicana, por ejemplo, hay una corriente de pensamiento e imaginación sutiles que parte de Gutiérrez Nájera, si bien tuvo antecedentes como el de Ignacio Ramírez y hasta podría invocar, como figura epónima, a la admirable Sor Juana Inés de la Cruz. [...] La corriente que de él arranca, nació y persiste gracias a la *intimidad intelectual* de grupos sucesivos: la *Revista Azul*, la *Revista Moderna*, el actual Ateneo, donde hallaron hogar toda gracia y todo refinamiento, sin estorbo para la creación de obras “substantivas”.

Así se ve en Nervo, González Martínez, Alfonso Reyes, Julio Torri.

Individualmente exige vigor de voluntad el vivir en oposición, aun silenciosa, con el ambiente todavía pobre de cultura. Pero el esfuerzo individual se estrellaría donde faltara el “grupo”, *el corto grupo cuya labor y cuya influencia diarias, desinteresadas y libres de vanidad estimulan no sólo la sutileza*, que no sería la más completa conquista, *sino toda riqueza y toda perfección intelectual* (Henríquez Ureña, 1992:219-220. Las cursivas son mías).

Henríquez Ureña ubica al Ateneo como parte de una corriente de refinamiento que proviene directamente de Gutiérrez Nájera. Hablar de “refinamiento”, “perfección intelectual”, “grupos cortos superiores” o “cultura aristocrática”, resulta políticamente (académicamente) incorrecto. Son términos que acusan una visión elitista y excluyente de las artes y la cultura. Así como en Henríquez Ureña, esta tendencia estaba presente en todos los miembros del Ateneo. Como también estaba presente la otra tendencia, contradictoria y complementaria de la primera: el afán por cumplir una función social, el compromiso con el tiempo social y sus dramas, con la divulgación y la educación popular. Además, aunque no nos gusten los términos, evidencian algo real. Las artes, las ciencias, las humanidades, las academias, son sistemas de selección y promoción, forman élites a través de mecanismos de exclusión. El mérito estrictamente intelectual funciona siempre entremezclado con criterios de otro tipo (prejuicios sociales, intereses económicos y políticos, inclinaciones pasionales).

Consideremos los términos de Henríquez Ureña en sus significados básicos, lo que nos permitirá acercarnos al sentido plástico y flexible que tenían para él. Refinamiento, como acción de trabajar sobre una materia para volverla más fina y pura. Perfeccionamiento, desarrollar algo hasta dejarlo completo y acabado, en su forma y sus detalles. Aristocracia, el gobierno o la dirección de los mejores. Esto,

referido a uno mismo, significa tener la fuerza y la voluntad de gobernarse, dirigirse por lo mejor que hay en uno mismo (la *arete* griega). En conjunto, ese es el sentido que tenía para Henríquez Ureña la idea de perfeccionamiento intelectual. Se trata de una forma de organizarse a sí mismo, en mente y conducta.

El asunto medular es que ese perfeccionamiento se logra más eficazmente y se aumentan sus posibilidades sociales, a través del grupo corto. Dos características del funcionamiento del grupo corto son centrales: “tensión” e “intimidad” intelectuales. Se trata del desarrollo de la inteligencia a través de los lazos de amistad, la unión de propósitos, el trato cotidiano, el trabajo en conjunto, la reciprocidad, pero también los desacuerdos, conflictos y críticas. Mediante la práctica permanente de esa gimnasia intelectual (término de los ateneístas), que es también siempre emocional, se puede “llegar al secreto de las cosas complejas”. El conocimiento y la creación estética son productos colectivos, se hacen en contextos sociales determinados, no se puede prescindir de los otros. Lo que no es común, y requiere una exigencia humana mayor, es el conocimiento (la *gnosis*) asumido intrínsecamente como formas de sociabilidad. Y esa es la naturaleza del grupo corto.

Como producto de su dialéctica interior, se establecen roles en el grupo, los individuos juegan papeles diferenciados, más o menos complementarios o contrapuestos, cuya importancia o peso es diferente y cambia con el tiempo. La obra del grupo debe entenderse de manera abierta: obras literarias, obras de arte, una nueva filosofía o escuela de pensamiento, instituciones educativas, etcétera. Es fundamental el tema de la obra, ya que ésta sigue actuando más allá del individuo y más allá del grupo. La obra, siempre producto de la tensión intelectual, puede ser producto de un individuo, del grupo corto o de un movimiento más amplio en el que el grupo marca su influencia. Si bien es insoslayable el aspecto individual (los seres de gran talento, carisma o incontenible voluntad), también es cierto que aun la obra

del individuo es producto de dinámicas intelectuales colectivas.

El grupo existe en determinadas circunstancias políticas y sociales. Su funcionamiento debe estudiarse tanto hacia el interior (el desarrollo de las actividades propiamente intelectuales, cómo viven los individuos su tensión intelectual) como hacia el exterior (qué realidad social los junta o los separa, qué condiciones determinan su éxito o su fracaso, qué mundo les es problemático y cómo quieren influir en él). Estudiar el desarrollo de un grupo corto implica analizar sus batallas, sus alianzas, sus relaciones con otros grupos, intelectuales o de otro tipo.

Como se ve, en diversos sentidos, el grupo corto no está exento de conflicto, sino que éste es parte consustancial de su funcionamiento. Henríquez Ureña habla de grupos “libres de vanidad”. Ésta, en realidad, como tantas otras pasiones humanas, es parte de la vida ordinaria del grupo. El grupo corto funciona con base en fuertes lazos de afecto, pero en su interior igualmente se desarrollan disputas, no solamente intelectuales. La tensión intelectual de que habla Henríquez Ureña, tiene que verse en relación con otras tensiones: las diferencias y disputas políticas, las condiciones económicas de sus miembros, sus dramas personales, etcétera. En suma, la tensión intelectual dentro del conjunto de distintas tensiones vitales, y el ejercicio intelectual como una tensión vital por sí misma.

Conclusiones

La sociabilidad que entraña el grupo corto potencia los talentos de los individuos y brinda mayor eficacia al propósito de influir en el entorno. El Ateneo de la Juventud es claro ejemplo de ello. Por eso no es raro que Henríquez Ureña, a partir de lo que vivió en México, se empeñara en suscitar experiencias de ese tipo, empezando en La Habana. Producto de la praxis intelectual ateneísta, la teoría del grupo corto se constituyó, para Henríquez Ureña, en

un imperativo estratégico, traducido en planes concretos de acción cultural.

La teoría del grupo corto señala una perspectiva de investigación, análisis e interpretación de la cultura que considero útil y fecunda. Con sus debidas reservas, que he tratado de indicar, el concepto es idóneo para ser incorporado en las disciplinas sociales y humanísticas, en particular en la historia intelectual y en la sociología del conocimiento.

La noción de sociabilidad se refiere a las cualidades que definen las formas en que se desarrollan las relaciones entre los seres humanos. Aplicada a quienes hacen del ejercicio intelectual una profesión, la sociabilidad se define por el tipo de tensión mental que se practica de manera cotidiana en la interacción con los otros. La idea del grupo corto es útil como dispositivo de análisis para entender las dinámicas que producen obras culturales influyentes y perdurables, como el Ateneo de la Juventud. Asimismo, puede servir como instrumento de contraste para estudiar otro tipo de dinámicas.

En los campos culturales contemporáneos, demográficamente inmensos y en los que funcionan medios de información y comunicación a la vez personales y masivos, ¿cómo se desarrolla el ejercicio intelectual? ¿Hay sinergias similares a los grupos cortos? La lógica de los grupos cortos parece ser poco practicada, poco practicable, en tales condiciones. No obstante, los criterios desarrollados a partir de la teoría del grupo corto de Henríquez Ureña son de ayuda para estudiar las distintas formas de sociabilidad intelectual, entre éstas, aquellas que llevan el sello de la alta tensión del espíritu. El objetivo es comprender cómo socialmente se facilita, se impulsa o se entorpece el desarrollo de las inteligencias.

Bibliografía

ANGLES, Auguste (1978), *André Gide et le premier groupe de la NRF: la formation du groupe et les*

années d'apprentissage. 1890-1910, Paris, Gallimard.

BRISSET, Laurence (2003), *La NRF de Paulhan*, Paris, Gallimard.

CURIEL DEFOSSÉ, Fernando (1999), *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

CURIEL DEFOSSÉ, Fernando (2008), *sigloveinte@lit.mx. Amplio tratado de perspectiva generacional*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

FIALLOS GIL, Mariano (1963), *Salomón de la Selva, poeta de la humildad y la grandeza: apuntes para una biografía*, León, Nicaragua, Universidad Nacional de Nicaragua.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco (2003), *América Latina y el Perú del Novecientos: antología de textos*, Perú, COFIDE/Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1992), *Estudios mexicanos*, México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, edición de José Luis Martínez, Colección Lecturas Mexicanas.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (2000), *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (2001), *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, Biblioteca Americana,

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y Alfonso REYES (1981), *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Santo Domingo, República Dominicana, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, segundo tomo, recopilación de Juan Jacobo de Lara.

LIZASO, Félix y José Antonio FERNÁNDEZ DE CASTRO (2005), *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*, México, Frente de Afirmación

Hispanista, A. C., Edición facsimilar de la edición de 1926, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando.

PEÑA GARCÍA, Alejandro (2015), *La formación de Pedro Henríquez Ureña y la juventud intelectual mexicana (1884-1910)*, tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.

REYES, Alfonso y Pedro HENRÍQUEZ UREÑA (2004), *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica.

RODÓ, José Enrique (1968), *Ariel. Liberalismo y jacobinismo. Ensayos: Rubén Darío, Bolívar, Montalvo*, México, Editorial Porrúa, colección Sepan cuantos, núm. 87. Estudio preliminar, índice biográfico cronológico y resumen bibliográfico por Raimundo Lazo.

SAFRANSKI, Rüdiger (2004), *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, Barcelona, Tusquets.

SAFRANSKI, Rüdiger (2008), *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, México, Tusquets.